

Centro de acogida “Colichet”

JUANA MARÍA DE LA CRUZ

En abril de 1992, hace exactamente cinco años, empezaba a funcionar este proyecto de servicio al pobre. Proyecto que durante bastante tiempo, había sido estudiado y preparado a conciencia.

En la entrada de nuestra Comunidad naciente rezaba así un mural. *"Habéis sido llamados y reunidos por Dios para servir a Jesucristo en la persona de estos enfermos"*.

Eran los tiempos de Monseñor Ramón Buxarrais, entonces obispo de Málaga, cuando un grupo de médicos del Hospital Carlos Haya, de la planta de infecciosos, se dirigían a él pidiendo una Comunidad Religiosa que pudiera ocuparse de los enfermos de SIDA que, una vez salidos del Hospital, no tenían familia ni vivienda donde seguir su vida y su tratamiento. Se trataba de enfermos económicamente pobres, con grandes rupturas familiares desde hacía largo tiempo.

Tras una serie de conversaciones necesarias y con los discernimientos serios, serenos y oportunos la Provincia vio claramente que se trataba, sin duda, de una "nueva pobreza", aguda clamorosa y lacerante, a la que San Vicente de Paúl nunca habría dado la espalda.

Cuatro Hijas de la Caridad

Ciertamente, estábamos en una época de revisión de obras, lo cual exigía, y exige, entre otras cosas, cambiar Servicios más amplios por otros más reducidos a los que se pudiera llegar con los efectivos que se tuvieran.

Los Superiores pidieron Hermanas voluntarias y, al final, vinimos cuatro Hijas de la Caridad que, al igual que las otras novecientas restantes de la Provincia de Granada, habíamos hecho nuestra opción de verdadero voluntariado el día que dijimos Sí al Señor para servirle a El en los pobres, con una entrega total y absoluta.

La vida hecha jirones

Recordar los estragos que estaba haciendo esta enfermedad, parece que no vale la pena. Porque en los cuatro años que llevamos en la casa y en contacto directo con esta epidemia, no hemos visto sino crecer las estadísticas y encontrarnos esos "números fríos" escalofriantemente personificados en unos rostros demacrados, en unos ojos hundidos, en la fiebre quemando su cuerpo, en unos huesos rompiendo la piel y en unas vidas hechas jirones a los veinte o treinta años de edad.

...Y en Colichet colocamos nuestra tienda

La Comunidad siempre quiso realizar esta Obra en colaboración con otro organismo de la Iglesia. Por eso, puestas al habla con Caritas Diocesana de Málaga, ésta asumió la Obra y nosotras vinimos a colaborar.

La primera tarea, elemental e imprescindible, fue conocer el funcionamiento de algunas Casas que ya existían en otras Provincias, porque

para todas se trataba de un Servicio nuevo en cuanto al modo de una Casa de Acogida. Y es que la atención a esta enfermedad como tal, ya estaba en todos los Hospitales y muchas Hijas de la Caridad prestaban sus servicios a estos enfermos.

No era fácil encontrar la casa adecuada. Pero, por fin, pensamos que podría ser adaptada la casa que Caritas tenía en Churriana dedicada a colonias. Y, así, en "Colichet" colocamos nuestra tienda.

Nos instalamos tras una rápida adaptación, habilitando sólo cuatro camas en espera de la posible reacción de la gente del entorno, que, en general, nunca había sido positiva hacia este tipo de enfermos. Y después de dos meses de corta pero intensa experiencia, se comenzaron las verdaderas obras de restauración, remodelación y adecuación social que, en efecto, se trataba de una casa para enfermos de SIDA. Y hemos de reconocer que, salvo alguna pintada fuera de tono o alguna protesta aislada, el pueblecito de Churriana nos acogió muy bien y hemos establecido unas muy buenas relaciones con la mayoría de sus habitantes.

Respuesta a múltiples necesidades

Durante estos cinco años, hemos tratado de dar respuesta a las necesidades a las que la casa podía alcanzar.

Empezamos con ocho camas para hombres y dos para mujeres, un total de diez, que se ha ampliado a doce por la demanda creciente. Hemos acogido a 114 enfermos, de los cuales ha fallecido un 80 por 100, los demás se han recuperado y han vuelto a la calle, a Centros de Desintoxicación o a otros pisos de acogida.

Y, ciertamente, son muchas las necesidades que plantean estos enfermos. No sólo en todo lo referente a su salud, sino también en todo lo

que atañe a sus problemas administrativos como la actualización del Documento Nacional de Identidad, la solicitud de una pensión, los problemas judiciales todavía pendientes, la atención psicológica, la atención a sus familias (los que tienen familia) intentando recuperar y rehabilitar las relaciones totalmente rotas o simplemente perdidas durante larguísimo tiempo, y un amplísimo etcétera de todo tipo.

En definitiva nos hemos propuesto y hemos querido hacer de esta Casa algo lo más parecido posible a "su casa", para que, realmente, ellos la consideren suya, la cuiden como suya y se sientan de verdad, "como en su propia casa".

En muchos casos hemos logrado que pudieran vivir en paz durante algún tiempo y que hayan podido experimentar otras formas de vida más amistosa, más gratuita en las relaciones. Pero otros, desgraciadamente, han muerto tan pronto que apenas han podido conocerla.

Hemos recibido enfermos de edad madura. Sin embargo, la inmensa mayoría la componen un abanico de jóvenes que han pasado bastante tiempo en diversas cárceles o recorriendo interminablemente las puertas de las iglesias para mendigar o yendo de un lado para otro sin rumbo fijo ni acogida de nadie.

Al los dos años de nuestra andadura, la pequeña Comunidad, bautizada con el nombre de Margarita Maseau, experimentó un cambio en la mitad de sus miembros, que fueron sustituidos por otras tres Hermanas.

Un balance positivo

Si tuviéramos que hacer un balance de nuestra experiencia, no tendríamos miedo ni reparo en decir que los Pobres nos ayudan a madurar, a relativizar nuestras necesidades, a juzgar un poco menos y a comprender un poco más.

Que la muerte y el sufrimiento no nos han insensibilizado; que, aunque sean enfermos terminales hay mucho por hacer con ellos, para ellos, y por ellos y desde ellos; que hay que compartir muchas horas de soledad; que hay que ser generosas en dar mucho cariño, aún cuando no parezca que lo perciban... ¡Es tan dura la epidermis de su espíritu y, sin embargo, hay tanta riqueza dentro de su corazón que, a veces, somos incapaces de describir!

Hoy damos gracias a Dios por habernos elegido para su Servicio de tanta hondura humana, cristiana y vicenciana. Y no nos olvidamos de dar gracias por todo el personal con el que trabajamos, tanto empleados como voluntarios. Pues sólo el amor y ternura de Dios hacia los Pobres pueden hacer esta selección de corazones generosos, alegres y entregados.

Y, al amanecer de cada día, recordamos: "Sólo por tu amor te perdonarán los Pobres el pan que les das".